

res? ¡ Respondan los que han leído á Shakspeare y Milton, Schiller y Goethe, Moliere y Corneille!

Solamente con estas restricciones aceptamos la proposición de Perrault. No creemos, con un filósofo francés, que Perrault sea el revelador del dogma de la perfectibilidad (1). Su doctrina es en el fondo la de Pascal; no ha hecho más que aplicarla á la literatura y á las bellas artes. Pero, puesta en este terreno, la cuestión suscitaba dificultades que llevaron á Perrault á examinar las leyes que rigen el progreso. La primera duda era si la idea del progreso implica un desenvolvimiento igual y universal de todas las facultades del hombre en todas las edades de la humanidad. Los hechos prueban evidentemente lo contrario, dice Perrault, puesto que en la juventud de los pueblos la imaginación tiene una importancia mayor que en edades más avanzadas. En nuestra opinión es preciso ir más lejos y tener en cuenta el genio de las diversas naciones. La historia, bien estudiada, prueba que cada pueblo tiene su misión en la vida del género humano; cada uno tiene un papel que desempeñar en el trabajo del perfeccionamiento general. De aquí resulta otra ley que rige al progreso. ¿Es continuo y sin interrupción alguna? Perrault responde que no. Es evidente que en los siglos IX y X reinaban la ignorancia y la barbarie, y que no se puede buscar en ellos la ciencia y la finura del siglo de Augusto, y mucho menos un progreso. Perrault añade que para que los tiempos modernos aventajen á los precedentes ha de ser á condición de que todas las demás circunstancias sean iguales; admite una interrupción á causa de las grandes y largas guerras. Esto no basta para explicar la ley del progreso. Es preciso indagar las razones de esos trastornos y ver si acaso ocultan un progreso, á pesar de la aparente decadencia. En otra parte lo hemos dicho (2), ha habido progreso en la Edad Media, un progreso inmenso en la marcha de la humanidad hacia la libertad y la igualdad, y para producir este progreso ha sido necesaria precisamente la terrible invasión de los pueblos del Norte, porque de los Bárbaros hemos

(1) LEROUX, en la *Revista enciclopédica*, t. LVII, p. 513 y sig.

(2) Véanse los tomos V y VII de mis *Estudios sobre la Historia de la humanidad*.

recibido ese espíritu de individualidad, desconocido de los antiguos, que distingue á la civilización moderna. El individualismo de las razas germánicas ha recobrado sobre la literatura y le ha dado ese carácter de intimidad que constituye su atractivo y la hace superior á la de los griegos y los romanos.

IV.

Salgamos del terreno de los hechos para entrar en el de la especulación religiosa y filosófica. El siglo XVII se preocupaba muy poco del progreso religioso. La Iglesia católica lo rechaza, y los reformados estaban todavía demasiado imbuidos en el espíritu del cristianismo tradicional para echar de ver que la verdadera misión de la reforma era inaugurar una revolución religiosa, es decir, un movimiento hacia adelante, y no, como creían los reformadores, un regreso al Evangelio. Sin embargo, la cuestión del progreso religioso es capital, porque se trata de saber si la humanidad tiene un destino religioso, y si la ley del progreso rige esta fase de su existencia, lo mismo que todas las demás. Ya en el siglo XVI un filósofo semi-incrédulo había resuelto la cuestión á favor del desenvolvimiento progresivo. En el siglo XVII fué tratada nuevamente por un pensador más digno de ella que el escritor italiano. Puede sospecharse que Pomponacio no sostuvo la tesis del progreso religioso más que por hostilidad al cristianismo. Al menos puede decirse que un filósofo que niega la inmortalidad del alma no tiene autoridad para ocuparse del progreso de las religiones. El misticismo que inspiraba á Van Helmont es una disposición de espíritu más favorable á pesar de sus excesos (1).

Van Helmont tiene una noción muy exacta de la perfectibilidad del hombre: es imperfecto puesto que es un ser creado; pero tiene en sí un principio de perfeccionamiento que incesantemente lo va aproximando á la perfección de Dios, por más que nunca puede alcanzarla. Este principio abre á nuestra actividad un horizonte sin límites. El progreso moral es el que principalmente intere-

(1) Véase, sobre VAN HELMONT, la *Historia de la Filosofía* de RITTER, t. XII.

sa á nuestro filósofo. Toca á un problema fundamental, el de la salvacion universal. El cristianismo histórico da sobre este punto una solucion contra la cual protestan la filosofía y la caridad. Van Helmont es un adversario decidido del infierno. En efecto, bajo el punto de vista de la doctrina del progreso esta concepcion es tan absurda como horrible. ¿Basta la corta existencia en este mundo para que el hombre alcance toda la perfeccion de que es susceptible? El buen sentido y la experiencia responden que no. Luego es preciso admitir que la muerte no es un punto de detencion, un término fatal en el que comienza para unos la felicidad eterna, y para otros los tormentos sin fin. La muerte no es más que un paso de una vida á otra vida. Van Helmont no niega las penas que esperan á nuestras faltas y á nuestros crímenes; pero niega que estas penas sean eternas. Tiene del castigo la misma idea que Orígenes; la justicia divina es una educacion. Haciendo uso de la terminología cristiana, la vida es un purgatorio que nos purifica y nos eleva hácia la perfeccion divina por medio de un progreso incesante.

Al atacar el dogma del infierno, Van Helmont abandonaba implícitamente todo el cristianismo tradicional; porque negaba el pecado, y por consiguiente la necesidad de una redencion. El médico belga no oculta sus convicciones, predica atrevidamente una religion nueva. Esta seguirá siendo el cristianismo, puesto que la nueva Iglesia debe conciliar todas las confesiones cristianas; pero será una transformacion profunda de la antigua religion, puesto que profesa sobre la vida y sobre el destino del hombre una doctrina completamente diferente de la que enseña el cristianismo histórico. Por esto Van Helmont dió un nuevo nombre á su cristianismo; lo llama *Filadelfia*. Cosa singular, llega hasta fijar la fecha de su advenimiento; éste tendrá lugar el año 1700. Esta prediccion hará sonreír á nuestros lectores y quitará á sus ojos todo crédito á nuestro filósofo. El nombre y la fecha asignados por Van Helmont á su religion ocultan sin embargo una gran verdad. No le hacemos la injuria de suponer que ha creído que el primero de Enero de 1700 habia de venir al mundo la *Filadelfia*, como sale un niño del seno de su madre. Es el año primero de un nuevo siglo, y por consiguiente, del siglo XVIII es de quien el mis-

tico pensador esperaba la realizacion de sus esperanzas. ¿Se ha engañado al creer que aquel siglo famoso habia de tener una nueva religion y que aquella religion sería *la fraternidad, la humanidad*? Nunca ha habido prediccion más verdadera. Sólo que es preciso añadir que las revoluciones religiosas no se realizan en un dia, ni en algunos años; se necesita un trabajo secular para prepararlas, y otro trabajo secular para realizarlas.

Un escritor más célebre que Van Helmont cierra el siglo XVII y abre el XVIII. Leibnitz parecia predestinado para ser el filósofo del progreso: genio universal, pensador profundo, historiador exacto, matemático inventor, erudito apasionado, ¿qué le faltaba para ver el progreso bajo todas sus fases, para descubrir y formular sus leyes? Le faltaba la decision del ánimo. Lo veremos en la continuacion de este *Estudio* vacilando entre el cristianismo y la filosofía, tratando de conciliar lo que es inconciliable, la fe revelada y el libre pensamiento, transigiendo donde hubiera sido necesario rechazar toda transaccion, buscando razones de todos géneros para justificar dogmas absurdos; en una palabra, sin esa fe viva que arrastraba al siglo XVIII hácia un porvenir desconocido, lleno de borrascas, es cierto, pero también lleno de esperanzas. ¿No serán debidas las indecisiones y las desdichadas conciliaciones de Leibnitz á su teoría filosófica? Se le ha dado el nombre de *optimismo*. No imputaremos al filósofo alemán las necias consecuencias que se deducen de esta doctrina y de las que tanto se ha reído Voltaire en su inimitable *Cándido*; pero de todos modos, los filósofos que encuentran tantas razones excelentes para explicar y justificar todo lo que existe, no deben hallarse muy dispuestos á lanzarse en las aventuras de la innovacion. Falta saber si el *optimismo* es la caricatura más bien que la verdadera expresion de la filosofía de Leibnitz. El la llamaba *ley de continuidad*. ¿Qué quería dar á entender con este nombre? y ¿qué relacion existe entre esta ley y la del progreso?

La relacion es evidente, porque Leibnitz ha escrito esta frase célebre: «Es posible que con el tiempo llegue el género humano á una perfeccion mayor que todo lo que hoy podemos imaginar.» En realidad la ley de *continuidad* es el principio del progreso aplicado á toda la creacion. El universo se compone de mónadas, es decir

de sustancias sanas é incorruptibles, cuya esencia es la actividad. Estos átomos espirituales han sido creados á la vez con cualidades diversas y tienen la fuerza necesaria para desarrollarlas. El desenvolvimiento de las mónadas es infinito; la generacion no es más que la manifestacion de una fase nueva de su existencia, y la muerte un paso á una vida nueva. De suerte que la ley de *continuidad* lleva á un perfeccionamiento ilimitado. Las almas humanas están sometidas á la misma ley en efecto, son tambien mónadas; no se distinguen de las otras, sino por cualidades superiores, la conciencia y la libertad; por esto Leibnitz forma con ellas un órden aparte al cual llama la *ciudad de Dios*. Esta superioridad no impide que los hombres obedezcan á la ley de *continuidad* ó del progreso; no han sido siempre, ni seguirán siendo siempre lo que son hoy. ¿Cuál será el último término de un perfeccionamiento? El cristianismo responde: la salvacion eterna, la beatitud de los elegidos, la vision de Dios. Leibnitz explica el dogma á su manera, procurando ponerlo en armonía con la ley de *continuidad*: «La suprema felicidad no podria nunca ser completa, aunque fuese acompañada de alguna vision beatífica ó conocimiento de Dios; porque, siendo Dios infinito, no puede ser conocido por completo. Así es que nuestra felicidad no consistirá nunca, y no debe consistir, en un pleno goce en que no haya nada que desear, y que haga estúpido nuestro espíritu, sino en un progreso perpétuo hácia nuevos placeres y nuevas perfecciones» (1).

Como se ve, el resultado práctico á que llega Leibnitz no dista mucho de la filosofía de Van Helmont. Verdad es que el pensador alemán ha escrito una defensa del infierno, pero no tomaremos en serio este esfuerzo de su imaginacion. La eternidad de las penas y la ley de *continuidad* son incompatibles; ¿cómo es posible que el filósofo que enseña un *progreso perpétuo* para todos los seres, condene á inmovilidad eterna precisamente á las mónadas que forman la ciudad de Dios? Por más que Leibnitz conserva el paraíso, lo trasforma, introduciendo en él su principio de *continuidad*, y hubiera trasformado igualmente el infierno con el mis-

(1) LEIBNITZ, *Principios de la naturaleza y de la gracia* (Opera, edic. Dutens, t. II, p. 37 y sig.).

mo principio, si su respeto alemán á las autoridades establecidas (1) no le hubiera impedido declarar la guerra á la Iglesia.

Hasta aquí no hemos salido del terreno religioso de una vida infinita y progresiva. Pero ¿qué pensaba Leibnitz del mundo en que vivimos? Su filosofía le inclina á juzgar el pasado con indulgencia, y á contentarse con lo presente. ¿Quiere decir esto que renuncia á perfeccionar lo que existe, porque *todo está bien en el mejor de los mundos posibles*? No es éste el pensamiento del ilustre filósofo; quiere que hagamos cuanto dependa de nosotros para perfeccionarlo todo, y predice grandes cambios en las sociedades humanas. Habrá parte buena y parte mala. Leibnitz era demasiado prudente para decir en qué habia de consistir aquel bien. Incurre, sin embargo, en una ilusion muy singular acerca de la manera como ha de realizarse el progreso: lo espera de algun príncipe, el cual «á la manera de los antiguos reyes de Asiria ó de Egipto, ó cual otro Salomon, reinará por mucho tiempo en una paz profunda, y formará el propósito de hacer felices á los hombres» (2). Leibnitz participaba de esta esperanza que animaba á todos los filósofos del siglo XVIII. ¿Qué decepcion hubiera sido la suya, si hubiera alcanzado á asistir á la espantosa convulsion que llevó al cadalso á un rey y á una reina, y puso fin para siempre á la utopia de un príncipe legislador y reformador!

§ IV.—El progreso en el siglo XVIII.

El dogma del progreso se formó lentamente en la conciencia humana ántes de resplandecer en el siglo XVIII. En el siglo XVII la idea de la perfectibilidad se presentó bajo el aspecto de que los modernos son superiores á los antiguos. De esto á despreciar lo pasado y esperar lo porvenir, no habia más que un paso, y éste lo dieron los filósofos. Pero la idea aumentó sus proporciones al pasar de los literatos del siglo de Luis XIV á los libres

(1) *Die hohe Obrigkeit!*

(2) LEIBNITZ, *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, lib. IV.